

La Celestina. Tragicomedia de Calisto y Melibea

Fernando de Rojas

TRAGICOMEDIA DE CALISTO Y MELIBEA

NARRADOR: SÍGUESE LA COMEDIA O TRAGICOMEDIA DE CALISTO Y MELIBEA, compuesta en reprehensión de los locos enamorados que, vencidos en su desordenado apetito, a sus amigas llaman y dicen ser su dios. Asimismo hecho en aviso de los engaños de las alcahuetas y malos y lisonjeros sirvientes.

ARGUMENTO: Calisto fue de noble linaje, de claro ingenio, de gentil disposición, de linda crianza, dotado de muchas gracias, de estado mediano. Fue preso en el amor de Melibea, mujer moza muy generosa, de alta y serenísima sangre, sublimada en próspero estado, una sola heredera a su padre Pleberio, y de su madre Alisa muy amada. Por solicitud del pungido Calisto, vencido el casto propósito della, enterveniendo Celestina, mala y astuta mujer, con dos servientes del vencido Calisto engañados y por ésta tornados desleales, presa su fidelidad con anzuelo de codicia y de deleite, vinieron los amantes y los que les ministraron en amargo y desastrado fin. Para comienzo de lo cual dispuso el adversa fortuna lugar oportuno donde a la presencia de Calisto se presentó la deseada Melibea.

[...]

CALISTO. En esto veo, Melibea, la grandeza de Dios.

MELIBEA. ¿En qué, Calisto?

CALISTO. En dar poder a natura que de tan perfecta hermosura te dotase, y hacer a mí, inmérito, tanta merced que verte alcanzase, y en tan conveniente lugar, que mi secreto dolor manifestarte pudiese. Sin duda, incomparablemente es mayor tal galardón que el servicio, sacrificio, devoción y obras pías que, por este lugar alcanzar, yo tengo a Dios ofrecido. ¿Quién vido en esta vida cuerpo glorificado de ningún hombre como agora el mío? Por cierto, los gloriosos santos que se deleitan en la visión divina no gozan más que yo agora en el acatamiento tuyo. Mas, ¡oh triste!, que en esto deferimos, que ellos puramente se glorifican sin temor de caer de tal bienaventuranza, y yo, misto me alegro con recelo del esquivo tormento que tu ausencia me ha de causar.

MELIBEA. ¿Por gran premio tienes éste, Calisto?

CALISTO. Téngolo por tanto, en verdad, que si Dios me diese en el cielo la silla sobre sus santos, no lo ternía por tanta felicidad.

MELIBEA. Pues aun más igual galardón te daré yo, si perseveras.

CALISTO. ¡Oh bienaventuradas orejas mías que indignamente tan gran palabra habéis oído!

MELIBEA. Mas desaventuradas de que me acabes de oír, porque la paga será tan fiera cual merece tu loco atrevimiento y el intento de tus palabras ha seído. ¿Cómo de ingenio de tal hombre como tú habié de salir para se perder en la virtud de tal mujer como yo? ¡Vete, vete de ahí, torpe!, que no puede mi paciencia tolerar que haya subido en corazón humano conmigo en el ilícito amor comunicar su deleite.

CALISTO. Iré como aquel contra quien solamente la adversa fortuna pone su estudio con odio cruel.

[...]

CALISTO. ¡Sempronio, Sempronio, Sempronio! ¿Dónde está este maldito? ¡Anda, anda, malvado, abre la cámara y endereza la cama! Cierra la ventana y deja la tiniebla acompañar al triste, y al desdichado la ceguera. Mis pensamientos tristes no son dignos de luz. ¡Oh bienaventurada muerte aquella que deseada a los afligidos viene! ¡Oh si viniédeses agora, Crato y Galieno médicos, sentiríades mi mal! ¡Oh piedad celestial, inspira en el plebérico corazón por que, sin esperanza de salud, no envíe el espíritu perdido con el del desastrado Píramo y de la desdichada Tisbe. Dame acá el laúd:

¿Cuál dolor puede ser tal,
que se iguale con mi mal?

¿Cómo templará el destemplado? ¿Cómo sentirá el armonía aquel que consigo está tan disorde, aquel en quien la voluntad a la razón no obedece, quien tiene dentro del pecho agujijones, paz, guerra, tregua, amor, enemistad, injurias, pecados, sospechas, todo a una causa? ¿Yo? Melibeo só y a Melibea adoro y en Melibea creo y a Melibea amo. Amo a aquella ante quien tan indigno me hallo que no la espero alcanzar.

Los ojos verdes, rasgados, las pestañas luengas, las cejas delgadas y alzadas, la nariz mediana, la boca pequeña, los dientes menudos y blancos, los labrios colorados y grosezuelos, el torno del rostro poco más luengo que redondo, el pecho alto. La redondeza y forma de las pequeñas tetas, ¿quién te la podría figurar? Que se despereza el hombre cuando las mira. La tez lisa, lustrosa, el cuero suyo escurece la nieve, la color mezclada, cual ella la escogió para sí.

El Filósofo do dice «Ansí como la materia apetece a la forma, ansí la mujer al varón». ¡Oh triste!, y ¿cuándo veré yo eso entre mí y Melibea?

Días ha grandes que se conoce en fin desta vecindad una vieja barbuda que se dice Celestina, hechicera, astuta, sagaz en cuantas maldades hay. Entiendo que pasan de cinco mil virgos los que se han hecho y deshecho por su autoridad en esta ciudad. A las duras peñas promoverá y provocará a lujuria, si quiere. Sempronio, ¿Podrías yo hablar? Traeré la hasta acá. Ve, a le decir mi pena tan bien como ella me dará el remedio.

Mi pena es grande, Melibea alta, Celestina sabia y buena maestra de estos negocios. No podemos errar. ¡Oh todopoderoso, perdurable Dios, tú que guías los perdidos y los reyes orientales por el estrella precedente a Betlén trujiste y en su patria los redujiste, hūmilmente te ruego que guíes a mi Sempronio, en manera que convierta mi pena y tristeza en gozo, y yo, indigno, merezca venir en el deseado fin!

[...]

CELESTINA. Digo que me alegro destas nuevas como los cirujanos de los descalabrados; y como aquéllos dañan en los principios las llagas y encarecen el prometimiento de la salud, ansí entiendo yo hacer a Calisto. Alargarle he la certinidad del remedio, porque, como dicen, «El esperanza luenga aflige el corazón», y cuanto él la perdiere, tanto gela promete.

No es cosa más propia del que ama que la impaciencia; toda tardanza les es tormento; ninguna dilación les agrada. En un momento querrían poner en efecto sus cogitaciones; antes las querrían ver concluidas que empezadas. Mayormente estos novicios amantes, que contra cualquiera señuelo vuelan sin deliberación, sin pensar el daño que el cebo de su deseo trae mezclado en su ejercicio y negociación para sus personas y sirvientes.

No hay zurujano que a la primera cura juzgue la herida. Lo que yo al presente veo diré: Melibea es hermosa, Calisto loco y franco; ni a él penará gastar, ni a mí andar. Bulla moneda y dure el pleito lo que durare. Todo lo puede el dinero: las peñas quebranta, los ríos pasa en seco; no hay lugar tan alto que un asno cargado de oro no le suba. Su desatino y ardor basta para perder a sí y ganar a nosotros. Esto he sentido, esto he calado, esto sé dél y della, esto es lo que nos ha de aprovechar. A casa voy de Melibea, que aunque esté brava, no es ésta, si a Dios ha placido, la primera a quien yo he hecho perder el cacarear. Coxquillosicas son todas, mas después que una vez consienten la silla en el envés del lomo, nunca querrían holgar: por ellas queda el campo; muertas sí, cansadas no. Si de noche caminan, nunca querrían que amaneciese; maldicen los gallos porque anuncian el día y el reloj porque da tan apriesa. Requieren las Cabrillas y el Norte, haciéndose estrelleras; ya cuando ven salir el lucero del alba, quiéreselos salir el alma. Su claridad les escurece el corazón. Camino es, que nunca me harté de andar; nunca me vi cansada, y aun así vieja como soy, sabe Dios mi buen deseo; cuánto más éstas que hierven sin fuego. Catívanse del primer abrazo, ruegan a quien rogó, penan por el penado, hácense siervas de quien eran señoras, dejan el mando y son mandadas, rompen paredes, abren ventanas, fingen enfermedades. A los cherriaderos quicios de las puertas hacen con aceites usar su oficio sin ruido. No sabré decir lo mucho que obra en ellas aquel dulzor que les queda de los primeros besos de quien aman. Son enemigas todas del medio, contino están posadas en los extremos.

Digo que la mujer o ama mucho a aquel de quien es requerida, o le tiene grande odio. Así que si al querer despiden, no pueden tener las riendas al desamor. Y con esto que sé cierto, voy más consolada a casa de Melibea que si en la mano la toviere. Porque sé que aunque al presente la ruegue, al fin me ha de rogar; aunque al principio me amenace, al cabo me ha de halagar. Aquí llevo un poco de hilado en esta mi faltriquera, con otros aparejos que conmigo siempre traigo para tener causa de entrar donde mucho no sólo conocida la primera vez: así como gorgueras, garbines, franjas, rodeos, tenazuelas, alcohol, albayalde y solimán, hasta agujas y alfileres; que tal hay, que tal quiere; porque donde me tomare la voz me halle apercebida para les echar cebo o requerir de la primera vista.

[...]

CELESTINA. ¡Oh angélica imagen, oh perla preciosa, y cómo te lo dices! Gozo me toma en verte hablar; ¿y no sabes que por la divina boca fue dicho, contra aquel infernal tentador, que no de solo pan viviremos? Pues si tú me das licencia, direte la necesitada causa de mi venida, que es otra que la que hasta agora has oído, y tal, que todos perderíamos en me tornar en balde sin que la sepas.

MELIBEA. Di, madre, todas tus necesidades, que si yo las pudiere remediar, de muy buen grado lo haré por el pasado conocimiento y vecindad, que pone obligación a los buenos.

CELESTINA. ¿Mías, señora? Antes ajenas, como tengo dicho.

MELIBEA. Pide lo que querrás, sea para quien fuere.

CELESTINA. Doncella graciosa y de alto linaje, tu suave habla y alegre gesto, junto con el aparejo de liberalidad que muestras con esta pobre vieja, me dan osadía a te lo decir. Yo

dejo un enfermo a la muerte, que con sola una palabra de tu noble boca salida que le lleve metida en mi seno, tiene por fe que sanará, según la mucha devoción tiene en tu gentileza.

MELIBEA. Vieja honrada, no te entiendo si más no declaras tu demanda. Por una parte me alteras y provocas a enojo; por otra me mueves a compasión; no te sabría volver respuesta conveniente, según lo poco que he sentido de tu habla. Que yo soy dichosa, si de mi palabra hay necesidad para salud de algún cristiano. Porque hacer beneficio es semejar a Dios, y más que el que hace beneficio le recibe cuando es a persona que le merece. Y el que puede sanar al que padece, no lo haciendo, le mata, así que no ceses tu petición por empacho ni temor.

CELESTINA. El temor perdí mirando, señora, tu beldad, que no puedo creer que en balde pintase Dios unos gestos más perfetos que otros, más dotados de gracias, más hermosas faciones, sino para hacerlos almacén de virtudes, de misericordia, de compasión, ministros de sus mercedes y dádivas, como a ti. ¿Por qué no daremos parte de nuestras gracias y personas a los prójimos? Mayormente cuando están envueltos en secretas enfermedades, y tales, que donde está la melecina salió la causa de la enfermedad?

MELIBEA. Por Dios, que sin más dilatar me digas quién es ese doliente, que de mal tan perplejo se siente que su pasión y remedio salen de una misma fuente.

CELESTINA. Bien ternás, señora, noticia en esta ciudad de un caballero mancebo, gentilhombre de clara sangre, que llaman Calisto.

MELIBEA. ¡Ya, ya, ya, buena vieja, no me digas más! No pases adelante. ¿Ése es el doliente por quien has hecho tantas premisas en tu demanda, por quien has venido a buscar la muerte para ti, por quien has dado tan dañosos pasos? Desvergonzada barbuda, ¿qué siente ese perdido que con tanta pasión vienes? De locura será su mal. ¿Qué te parece? Si me hallaras sin sospecha dese loco, ¿con qué palabras me entrabas? No se dice en vano que el más empecible miembro del mal hombre o mujer es la lengua. Quemada seas, alcahueta falsa, hechicera, enemiga de honestidad, causadora de secretos yerros. ¡Jesú, Jesú! Quítamela, Lucrecia, de delante, que me fino, que no me ha dejado gota de sangre en el cuerpo! Bien se lo merece esto y más, quien a estas tales da oídos. Por cierto, si no mirase a mi honestidad y por no publicar su osadía dese atrevido, yo te hiciera, malvada, que tu razón y vida acabaran en un tiempo. ¿Aun hablas entre dientes delante mí para acrecentar mi enojo y doblar tu pena? Querrías condenar mi honestidad por dar vida a un loco, dejar a mí triste por alegrara él, y llevar tú el provecho de mi perdición, el galardón de mi yerro. Perder y destruir la casa y honra de mi padre por ganar la de una vieja maldita como tú. ¿Piensas que no tengo sentidas tus pisadas y entendido tu dañado mensaje? Pues yo te certifico que las albricias que de aquí saques no sean sino estorbarte de más ofender a Dios, dando fin a tus días. Respóndeme, traidora, ¿cómo osaste tanto hacer?

CELESTINA. Tu temor, señora, tiene ocupada mi disculpa. Mi inocencia me da osadía, tu presencia me turba en verla irada, y lo que más siento y me pena es recibir enojo sin razón ninguna. Por Dios, señora, que me dejes concluir mi dicho, que ni él quedará culpado, ni yo condenada. Y verás como es todo más servicio de Dios que pasos deshonestos, más para dar salud al enfermo que para dañar la fama al médico. Si pensara, señora, que tan de ligero habías de conjeturar de lo pasado nocibles sospechas, no bastara tu licencia para me dar osadía a hablar en cosa que a Calisto ni a otro hombre tocase.

MELIBEA. ¡Jesú, no oiga yo mentar más ese loco saltaparedes, fantasma de noche, luengo como ciguñal, figura de paramento mal pintado, si no aquí me caeré muerta! Éste es el que el otro día me vido y comenzó a desvariar conmigo en razones, haciendo mucho del galán. Dirásle, buena vieja, que si pensó que ya era todo suyo y quedaba por él el campo, porque holgué más de consentir sus necedades que castigar su yerro, quise más dejarle por loco que publicar su grande atrevimiento. Pues avísale que se aparte deste propósito y serle ha sano. Si

no, podrá ser que no haya comprado tan cara habla en su vida. Pues sabe que no es vencido sino el que se cree serlo, y yo quedé bien segura y él ufano. De los locos es estimar a todos los otros de su calidad, y tú tómate con su misma razón, que respuesta de mí otra no habrás, ni la esperes, que por demás es ruego a quien no puede haber misericordia. Y da gracias a Dios, pues tan libre vas desta feria. Bien me habían dicho quién tú eras y avisado de tus propiedades, aunque agora no te conocía.

CELESTINA.(Más fuerte estaba Troya, y aun otras más bravas he yo amansado; ninguna tempestad mucho dura.)

MELIBEA. ¿Qué dices, enemiga? Habla que te pueda oír. ¿Tienes desculpa alguna para satisfacer mi enojo y excusar tu yerro y osadía?

CELESTINA. Mientras viviere tu ira más dañará mi descargo, que estás muy rigurosa y no me maravillo, que la sangre nueva poco calor ha menester para hervir.

MELIBEA. ¿Poco calor? Poco lo puedes llamar, pues quedaste tú viva y yo quejosa sobre tan gran atrevimiento. ¿Qué palabra podías tú querer para ese tal hombre que a mí me estuviese? Responde.

CELESTINA.Una oración, señora, que le dijeron que sabías de Santa Polonia para el dolor de las muelas. Asimismo tu cordón, que es fama que ha tocado todas las reliquias que hay en Roma y Jerusalem. Aquel caballero que dije, pena y muere dellas; ésta fue mi venida, pero pues en mi dicha estaba tu airada respuesta padézcase él su dolor en pago de buscar tan desdichada mensajera. Que pues en tu mucha virtud me faltó piedad, también me faltara agua si a la mar me enviara. Pero ya sabes que el deleite de la venganza dura un momento; el de la misericordia para siempre.

MELIBEA.Si eso querías, ¿por qué luego no me lo espresaste? ¿Por qué me lo dijiste por tales palabras?

CELESTINA. Señora, porque mi limpio motivo me hizo creer que aunque en otras cualesquier lo propusiera, no se había de sospechar mal; que si faltó el debido preámbulo, fue porque la verdad no es necesario abundar de muchas colores. Compasión de su dolor, confianza de tu magnificencia ahogaron en mi boca al principio la espresión de la causa. Y pues conoces, señora, que el dolor turba, la turbación desmanda y altera la lengua, la cual había de estar siempre atada con el seso, por Dios que no me culpes. Y si él otro yerro ha hecho, no redunde en mi daño, pues no tengo otra culpa sino ser mensajera del culpado; no quiebre la soga por lo más delgado. No semejes la telaraña, que no muestra su fuerza sino contra los flacos animales. No paguen justos por pecadores. Imita la divina justicia, que dijo «El ánima que pecare, aquella misma muera»; a la humana, que jamás condena al padre por el delito del hijo, ni al hijo por el del padre. Ni es, señora, razón que su atrevimiento acarree mi perdición, aunque según su merecimiento no temía en mucho que fuese él el delincuente y yo la condenada. Que no es otro mi oficio sino servir a los semejantes. Desto vivo, y desto me arreo. Nunca fue mi voluntad enojar a unos por agrandar a otros, aunque hayan dicho a tu merced en mi ausencia otra cosa. Al fin, señora, a la firme verdad el viento del vulgo no la empece. Una sola soy en este limpio trato; en toda la ciudad, pocos tengo descontentos, con todos cumplo los que algo me mandan, como si toviere veinte pies y otras tantas manos.

MELIBEA. No me maravillo, que un solo maestro de vicios dicen que basta para corromper un gran pueblo. Por cierto, tantos y tales loores me han dicho de tus falsas mañas que no sé si crea que pedías oración.

CELESTINA. Nunca yo la rece, y si la rezare, no sea oída, si otra cosa de mí se saque, aunque mil tormentos me diesen.

MELIBEA. Mi pasada alteración me impide a reír de tu disculpa, que bien sé que ni juramento ni tormento te hará decir verdad, que no es en tu mano.

CELESTINA. Eres mi señora, téngote de callar; hete yo de servir, hasme tú de mandar; tu mala palabra será víspera de una saya.

MELIBEA. ¡Bien la has merecido!

CELESTINA. Si no la he ganado con la lengua, no la he perdido con la intención.

MELIBEA. Tanto afirmas tu ignorancia, que me haces creerlo que puede ser. Quiero, pues, en tu dudosa disculpa tener la sentencia en peso, y no disponer de tu demanda al sabor de ligera interpretación. No tengas en mucho ni te maravilles de mi pasado sentimiento, porque concurrieron dos cosas en tu habla, que cualquiera dellas era bastante para me sacar de seso: nombrarme ese tu caballero, que conmigo se atrevió a hablar, y también pedirme palabra sin más causa que no se podía sospechar sino daño para mi honra. Pero pues todo viene de buena parte, de lo pasado haya perdón; que en alguna manera es aliviado mi corazón, viendo que es obra pía y santa sanar los apasionados y enfermos.

CELESTINA. ¡Y tal enfermo, señora! Por Dios, si bien le conocieses, no le juzgases por el que has dicho y mostrado con tu ira. En Dios y en mi alma, no tiene hiel; gracias, dos mil; en franqueza, Alexandre; en esfuerzo, Hétor; gesto, de un rey, gracioso, alegre, jamás reina en él tristeza. De noble sangre, como sabes; gran justador. Pues verle armado, un San Jorge; fuerza y esfuerzo, no tuvo Hércules tanta; la presencia y faciones, disposición, desenvoltura, otra lengua había menester para las contar; todo junto semeja ángel del cielo. Por fe tengo que no era tan hermoso aquel gentil Narciso que se enamoró de su propia figura cuando se vido en las aguas de la fuente. Agora, señora, tiénele derribado una sola muela que jamás cesa de quejar.

MELIBEA. ¿Y qué tanto tiempo ha?

CELESTINA. Podrá ser, señora, de veinte y tres años, que aquí está Celestina que le vido nacer y le tomó a los pies de su madre.

MELIBEA. Ni te pregunto eso ni tengo necesidad de saber su edad, sino qué tanto ha que tiene el mal.

CELESTINA. Señora, ocho días, que parece que ha un año en su flaqueza. Y el mayor remedio que tiene es tomar una vihuela, y tañe tantas canciones y tan lastimeras, que no creo que fueron otras las que compuso aquel emperador y gran músico Adriano de la partida del ánimo, por sufrir sin desmayo la ya vecina muerte. Que aunque yo sé poco de música, parece que hace aquella vihuela hablar; pues, si acaso canta, de mejor gana se paran las aves a le oír que no a aquel Anfión, de quien se dice que movía los árboles y piedras con su canto. Siendo éste nacido, no alabaran a Orfeo.

MELIBEA. ¡Oh cuánto me pesa con la falta de mi paciencia. ¡Porque siendo él ignorante y tú inocente habés padecido las alteraciones de mi airada lengua. Pero la mucha razón me releva de culpa, la cual tu habla sospechosa causó. En pago de tu buen sufrimiento quiero cumplir tu demanda y darte luego mi cordón. Y porque para escribir la oración no habrá tiempo sin que venga mi madre, si esto no bastare, ven mañana por ella muy secretamente. Pues, madre, no le des parte de lo que pasó a ese caballero, porque no me tenga por cruel o arrebatada o deshonesto.

CELESTINA. Mucho me maravillo, señora Melibea, de la duda que tienes de mi secreto; no temas, que todo lo sé sufrir y encubrir, que bien veo que tu mucha sospecha echó, como suele, mis razones a la más triste parte. Yo voy con tu cordón tan alegre, que se me figura que está diciéndole allá su corazón la merced que nos heciste y que le tengo de hallar aliviado.

MELIBEA. Más haré por tu doliente, si menester fuere, en pago de lo sofrido.

CELESTINA. (Más será menester y más harás, y aunque no se te agradezca.)

MELIBEA. ¿Qué dices, madre, de agradecer?

CELESTINA. Digo, señora, que todos lo agradecemos y serviremos, y todos quedamos obligados; que la paga más cierta es cuando más la tienen de cumplir. Señora, más merece; y si algo con mi ruego para él he alcanzado, con la tardanza lo he dañado. Yo me parto para él, si licencia me das.

MELIBEA. Mientras más aína la hobieras pedido, más de grado la hobieras recaudado. Ve con Dios, que ni tu mensaje me ha traído provecho ni de tu ida me puede venir daño.

[...]

CALISTO. ¿Qué dices, señora y madre mía?

CELESTINA. ¡Oh mi señor Calisto! ¿Y aquí estás? ¡Oh mi nuevo amador de la muy hermosa Melibea, y con mucha razón! ¿Con qué pagarás a la vieja que hoy ha puesto su vida al tablero por tu servicio? ¿Cuál mujer jamás se vido en tan estrecha afrenta como yo? Que en tornallo a pensar se menguan y vacían todas las venas de mi cuerpo de sangre. Mi vida diera por menor precio que agora daría este manto raído y viejo.

CALISTO. Madre mía, o abrevia tu razón, o torna esta espada y márame.

CELESTINA. ¿Espada, señor, o qué? Espada mala mate a tus enemigos y a quien mal te quiere, que yo la vida te quiero dar con buena esperanza que traigo de aquella que tú más amas.

CALISTO. ¿Buena esperanza, señora?

CELESTINA. Buena se puede decir, pues queda abierta puerta para mi tornada, y antes me recibirá a mí con esta saya rota que a otra con seda y brocado. La mayor gloria que al secreto oficio de la abeja se da, a la cual los discretos deben imitar, es que todas las cosas por ella tocadas convierte en mejor de lo que son. Desta manera me he habido con las zahareñas razones y esquivas de Melibea; todo su rigor traigo convertido en miel, su ira en mansedumbre, su aceleramiento en sosiego. Pues ¿a qué piensas que iba allá la vieja Celestina, a quien tú demás de tu merecimiento magníficamente galardonaste, sino a ablandar su saña, a sufrir su accidente, a ser escudo de tu ausencia, a recibir en mi manto los golpes, los desvíos, los menosprecios, desdenes que muestran aquéllas en los principios de sus requerimientos de amor, para que sea después en más tenida su dádiva. Que a quien más quieren, peor hablan; y si así no fuese, ninguna diferencia habría entre las públicas que aman, a las escondidas doncellas, si todas dijesen «sí» a la entrada de su primer requerimiento, en viendo que de alguno eran amadas. Las cuales, aunque están abrasadas y encendidas de vivos fuegos de amor, por su honestidad muestran un frío exterior, un sosegado vulto, un aplacible desvío, un constante ánimo y casto propósito, unas palabras agras que la propia lengua se maravilla del gran sofrimiento suyo, que la hacen forzosamente confesar el contrario de lo que sienten. Así que para que tú descanses y tengas reposo, mientras te contaré por estenso el proceso de mi habla y la causa que tuve para entrar, sabe que el fin de su razón fue muy bueno.

CALISTO. Agora, señora, que me has dado seguro para que ose esperar todos los rigores de la respuesta, di cuanto mandares y como quisieres, que yo estaré atento. Ya me reposa el corazón, ya descansa mi pensamiento, ya reciben las venas y recobran su perdida

sangre, ya he perdido temor, ya tengo alegría. Subamos, si mandas, arriba. En mi cámara me dirás por estenso lo que aquí he sabido en suma.

CELESTINA. Subamos, señor.

[...]

CALISTO:

¡Oh quién fuese la hortelana
de aquestas viciosas flores
por prender cada mañana,
al partir, a tus amores!
Vístanse nuevas colores
los lirios y el azucena;
derramen frescos olores
cuando entre, por estrena.

Alegre es la fuente clara
a quien con gran sed la vea,
mas muy más dulce es la cara
de Calisto a Melibea,
pues aunque más noche sea,
con su vista gozará.

¡Oh cuando saltar le vea,
qué de abrazos le dará!
Saltos de gozo infinitos
da el lobo viendo ganado,
con las tetas los cabritos,
Melibea con su amado.
Nunca fue más deseado
amador de su amiga,
ni huerto más visitado
ni noche más sin fatiga.

.....